

—Créeme, Aurora; déjalos libres hoy, mañana, pasado...

—Créeme, Aurora: déjalos libres hoy, mañana, pasado, mientras que ellos quieran, y aunque debiéramos no salir de casa. Cuando veas volver á Enrique con ellos, no te arrepentirás.

—Como quieras. Pero no lo creo.

Doña Cruz se separó de ella al poco rato, convencida de que acababa de hacer buen uso del secreto que había descubierto pocas horas antes.

XII

Nuevas páginas de las "Memorias de Aurora."

En el palacio de Saint-Aignan la de Nevers había encontrado varias veces á una joven ingeniosa, alegre y bastante bonita que manifestaba viva amistad por ella: la baronesa Liana de Longpré, á los ojos de muchos inconsolable viuda, aunque la opinión general era que no lamentaba mucho su viudez. Pequeña, vivaz, coqueta y de aspecto frágil como una de esas estatuillas de Sajonia que sirven de adorno en mesas y rinconeras, de arqueados labios, nariz arremangada, sonrosadas mejillas, rubia y diáfana, hubiera podido ser comparada con un manojo de nervios.

Aquella cabecita de chorlito tenía caprichos y antojos como cualquier mujer, y manejava á sus admiradores como quería, tratándolos como fantoches cuyos hilos tenía entre sus dedos.

La Revolución no segó pocas de esas cabezas que sonreían por última vez en la guillotina, y cuya mayor culpa fué haber nacido encantadoras, alegres, ingeniosas y con gustos refinados y aristocráticos. Al cortarlas creían los revolucionarios abatir el orgullo de raza. El mayor defecto de los Principios inmortales fué ese: el de quitar á algunos su fealdad moral para inocular con ella á la mayoría. Actualmente el orgullo es el vicio capital de los franceses, que anida en todas las cabezas, pero no por ello quiere decirse que hay que hacer una nueva Revolución.

La gentil baronesita se casó, ó mejor dicho, fué casada por sus padres á los diez y seis años con un segundón que la vendió miserablemente al príncipe Felipe de Mantua, lo que la muchacha, en honor de la verdad, no sintió gran cosa. Bien es verdad que ya estaba bien enterada de antemano hasta de lo que les valía á su padre y á su marido la *operación*. Era una muchacha práctica, sensata, y cuando inmediatamente después de la ceremonia monsieur de Longpré montó á caballo y partió, ya

sabía ella que no volvería á verle. Poco después murió de un tiro de arcabuz.

El Príncipe enriqueció á la joven y fué discreto. Nadie ó casi nadie conoció, pues, sus amores con la baronesita; y como no tardó mucho en pasársele el capricho, cada vez fué menos asiduo con ella, lo que la hizo reflexionar mucho é inclinarla con todas sus potencias hacia el mal.

Fuera de la ceremonia matrimonial, creía que su situación y la de Aurora tenían notables analogías, por lo cual se le metió en la destornillada cabeza consolar á la duquesita, empleando para ello cuantos mimos y halagos se la ocurrían, por efecto de la semejanza de sus destinos.

El novio de la de Nevers se había ido lo mismo que su marido.

Pero aquí paraban las similitudes.

La baronesita no pensaba que la marcha precipitada de Lagardère no tenía las mismas razones ni las mismas consecuencias para Aurora que tuvo las del barón aventurero para ella; no admitía que el conde muriese de un tiro de arcabuz, pero sin embargo empeñábase, oyendo suspirar á Aurora, en forjarse la ilusión de que ella también había suspirado del mismo modo por monsieur de Longpré.

La baronesita, que en el fondo comprendía

la diferencia por un sentimiento más frecuente de lo que se cree en las mujeres, envidiaba las penas reales de la duquesita, ya que las suyas fueron fingidas, y al mismo tiempo amaba y odiaba á la joven.

No lo bastante cruel para atreverse á hacerla daño por sí misma, la atormentaba, sin embargo, el perverso deseo de verla sufrir.

La agobiaba á caricias y muestras de cariño; pero con pata de gato, escondiendo las uñas y disimulando unas ganas locas de clárselas en el rostro para desfigurárselo.

Al principio Aurora pareció indiferente á tal afecto; pero todos contribuyeron á romper el hielo.

Chaverny y madame de Saint-Aignan creían sinceramente que aquella aturdida era la única capaz de hallar un derivativo á la melancolía de la joven, y les preparaban frecuentes entrevistas.

La misma Flor era de opinión que la ruidosa alegría de la baronesita, rompiendo la melancólica monotonía de sus conversaciones con Aurora, sería un bálsamo á sus pesares; y hasta madame de Nevers, la prudencia personificada, no tardó en formar en las filas de los tres amigos.

Una especie de lazo amistoso se estableció, pues, entre aquellas tres jóvenes, cuya prin-

cipal preocupación era un amor contrariado. Porque madame Liana de Longpré concibió, á lo menos así lo llegó á creer ella misma, una especie de amor póstumo por el que sólo había sido su marido de nombre; y uno de los motivos por los cuales envidiaba atrocemente á Aurora era ese: ver que la de Nevers rendía culto en su corazón á un ser real, mientras ella, la baronesita, sólo podía rendírsele á una ilusión, á una quimera.

Liana tenía ansias de amor realmente, vivísimos anhelos de hallar un hombre digno y bravo á quien amar y de quien ser amada, comprendiendo de sobra que, con su reputación, sólo algún imbécil ó algún intrigante sería capaz de llevarla al altar, de darla su nombre.

Y en vano volvía la vista en torno suyo: bajo aquellas ropillas de seda, bajo tantos coletos de terciopelo, bajo tantas pelucas empolvadas, no veía más que muñecos ó entes despreciables. Buscaba un hombre del temple del conde, ó por lo menos del marquesito, y el desconsuelo, la desilusión, embargaban su ánimo.

Sólo había un Lagardère en el mundo, y era para Aurora; sólo un Chaverny, y era para Cruz.

Para conocer mejor el modelo de *su héros* se hizo contar por doña Cruz, por el Marque-

sito y por la de Saint-Aignan todas las hazañas de Enrique.

También quiso hacer hablar á su novia; pero la joven, que tanto gozaba oyendo elogiar al Conde y ponderar sus proezas, no hablaba de él sino cuando se hallaba á solas con Flor.

Así supo Liana el infernal papel representado en aquella historia por Gonzaga desde el asesinato del duque de Nevers hasta los más recientes sucesos.

Parecía lo natural que la baronesita compartiera el odio de sus amigas contra el hombre que la había envilecido; y, en efecto, así fué en los primeros momentos.

Después reaccionó.

La vida había enseñado á la baronesa á reflexionar, y por eso una noche, en la soledad de su lecho suntuoso y grande, entre las hollandas y encajes apenas arrugados por el ligero peso de su lindo cuerpecito, suspirando por el amor de aquel ser superior, de aquel héroe que no llegaba á postrarse á sus pies, pensaba y pensaba, ahuyentando al sueño con la actividad de su cerebro.

Y cuando en su cabecita á pájaros chocaron y se confundieron deseos é ilusiones, esperanzas y realidades, envidia y orgullo, vergüenza y odios, sacando de entre las sábanas

su bonito brazo desnudo y apoyando el codo en la almohada, sondeó con su mirada en el vacío, escudriñó lo pasado, examinó lo presente, excurtó lo porvenir, y oprimiéndose el corazón que palpitaba acelerado, exclamó como si lanzase soberbio reto á la faz del Destino:

—¡Mi héroe! ¡Yo también lo he tenido, y antes que ellas! ¡No hay más que tres hombres en el mundo: Lagardère, Chaverny y Gonzaga!

Desde aquel instante no tuvo más que un pensamiento: volver á encontrar á Felipe de Mantua.

—No es eso todo. Mi papel no debe limitarse al amor, sino al sacrificio; debo inmolarme cien veces si fuera preciso para impedir que la espada de Lagardère toque á Gonzaga.

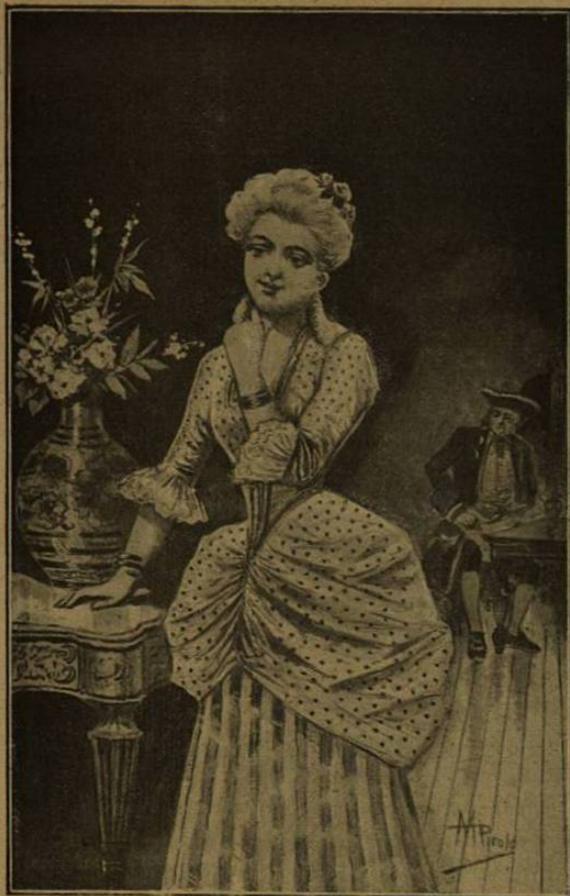
En tales caracteres la resolución, una vez tomada, es irrevocable.

Liana sabía que Aurora y Cruz eran capaces de derramar hasta la última gota de su sangre por sus amados, y no quiso ser menos.

Entonces pensó en las consecuencias de su decisión.

Aliada con Felipe de Mantua, los enemigos de éste se convertían en los suyos, y estos enemigos eran Lagardère, Chaverny, Aurora y Flor.

No se conmovió: al contrario, su falsedad triunfante la sonreía; y murmuró satisfecho:



Liana de Longpré.

—¿Acaso no tengo inteligencias entre los sitiados? Seré al mismo tiempo la que una y la que separe. Podré, á mi antojo dirigir los golpes ó pararlos; amparar á los míos, y aniquilar á los contrarios.

Su última reflexión fué esta:

—¿Dónde estarán Lagardère y Gonzaga? El día que Lagardère regresó á España Aurora exhumó sus *Memorias*, escritas antiguamente para su madre, y las continuó así:

«Enrique, mi vida te pertenece. Si durante un tiempo, que confío en que sea breve, no puedes seguirla con tus ojos, guiarla y sostenerla con tu esfuerzo, hacerla feliz con tu presencia como en los memorables días en que vivía á tu lado, quiero á lo menos que ninguna de mis acciones te sea desconocida.

»Cuando vuelvas leerás estas páginas, en las cuales te doy cuenta de todos mis actos y pensamientos día por día, casi hora por hora.

»Por el temblor de las letras adivinarás los minutos de angustia; por la rapidez con que vayan trazadas en otros momentos, comprenderás las horas en que me ha visitado la esperanza.

»En las más vulgares frases sabrás penetrar alegrías y torturas, y en todas las páginas verás palpitante mi amor.

»Prosigo mis Memorias para ti, exclusivamente para ti; y continuarán hasta el suspirado día que vuelvas á decirme: «Termina esas páginas, Aurora: nuestro amor está escrito en nuestros corazones y la vida nos sonríe. Vivámosla.»

¡Ah! Las páginas se habían llenado una tras otra de lamentaciones, gemidos y sollozos.

Aurora veía con temor que se acababa el cuaderno, y no terminaban sus sufrimientos, causados por la prolongada ausencia de su amado Enrique.

Pero no se cansaba de escribir: sentía un gran consuelo en ello, como si aquella comunión espiritual aliviara sus pesares.

Las horas que dedicaba á la tan piadosa tarea de mostrar su alma desnuda, de relatar sus sentimientos y sus acciones, con la sinceridad de su conciencia pura, la aniquilaban y la animaban al mismo tiempo. Cuando se dejaba invadir demasiado por la tristeza, reaccionaba evocando el recuerdo del valor indomable de su amado, y esto la enardecía y alentaba. No obstante, el dolor era más fuerte que ella y no podía contener muchas veces la queja dolorosa:

«Cuando habíamos conseguido reunirnos

¿por qué te has alejado de mí?... ¡Vuelve, vuelve pronto, amado mío!... ¡siento que mis fuerzas se agotan en esta angustiosa expectativa!...»

Nada de cuanto la concernía poco ó mucho dejaba de contarle en aquel diario íntimo.

Desde los comienzos de su relación con madame de Longpré no omitió pormenor alguno, y fué extendiéndose más y más á medida que aumentaba su intimidad.

«Quieren que me distraiga, que me comunique ella una parte de su constante alegría, como si yo pudiera estar alegre.

»Me esfuerzo en aparentarlo, y no ven que me hace daño reirme.

»Sin embargo, debo agradecer sus atenciones, aunque me parecen exageradas.

»¿Por qué no han de dejarme pensar, rezar y llorar á mi placer?

»Me es tan penoso, tan difícil á mí aparecer alegre como le sería á ella llorar.»

Más adelante escribía:

«Madame de Longpré acababa de irse. ¿No tendrá otra cosa mejor que hacer que aturdirme diariamente con el zumbido de su charla insustancial y de sus gestos aparatosos? Al verla

parece que va á ponerse á danzar una gavota, y los únicos momentos agradables que paso á su lado son aquellos en que habla de ti con Flor... La escucho y me callo... ¿Necesito pronunciar tu nombre para tenerlo constantemente en mis labios?... Á veces, cuando sale de los suyos, me parece que lo profana, que yo sola tengo el derecho de pronunciarlo, que es mío, y únicamente yo sé silabearlo con respeto y amor.

»Ya sabes que no tengo hiel y no quiero á nadie mal, con excepción del asesino de mi padre; pues bien, será insensato, pero me parece que esa mujer tiene algo de aquél. Su voz me cansa, su aspecto me es antipático.

»Flor no comprende que me inspire Liana —es el nombre de la de Longpré—tales sentimientos.

»Pero no puedo remediarlo. Cuando Flor viene á abrazarme y nuestros pechos se juntan, siento que entre mi corazón y el suyo no hay más que una sensible envoltura á través de la cual se tocan, se hablan y se entienden.

»Cuando Jacinta me prodiga sus cuidados y caricias, comprendo claramente que su lealtad y abnegación son enteras, completas; que de ella á mi hay un vínculo de adhesión absoluta y de mí á ella un lazo de confianza y cariño.

»Pues nada de eso siento junto á Liana; tan pronto me abraza y me besa con transporte como con frialdad; su voz me cansa y sus palabras llegan á mí como de lejos y cual si estuvieran pronunciadas anodinamente por algún prodigioso muñeco. Cuando pienso en ti, en lo que harás en tal momento, y trato de averiguar, de adivinar dónde te hallas, recordando nuestras largas peregrinaciones por el Norte de España, ella viene á interrumpir mis reflexiones, contándome sucesos de un baile de la corte, alguna locura del Regente ó explicándome alguna nueva moda.

»Flor no se explica ese sentimiento hostil que nuestra amiga me inspira, y por más que trato de buscar una razón, de atribuir mis prevenciones á mi salud ó á mis preocupaciones, ó á la incertidumbre en que vivo por la falta de noticias tuyas, y aunque me prometa recibirla con más afecto, en cuanto la veo me es imposible vencer mis reservas, que se parecen mucho á la antipatía. El mismo caluroso afecto que me demuestra, hiela más el mío hacia ella.»

Por último dos días después, escribía:

«Desconfío casi de Liana, y Flor no está lejos de compartir mi opinión.

»No tiene fundamento sólido; acaso dependa sólo de los nervios... pero Flor y yo sorprendimos una mirada dirigida á mi, y en la cual nos pareció ver vibrar como un rayo.

»¿Es sincera? ¿Es falsa? ¡Ay, Enrique! ¡Cuánto me gustaría que estuvieras aquí para resolver todas mis dudas! Mi madre y Chaverny nada sospechan.

»Hoy nos ha preguntado con aire indiferente si sabíamos dónde estaba Gónzaga. Sin saber por qué se nos ha antojado que tenía gran empeño en averiguarlo.

»¿Qué le importará?

«¿Tendré razón de desconfiar?... ¿Cómo saberlo?»

Si; era verdad.

Liana tenía interés en saber el paradero de Gonzaga, y éste, acordándose un momento de ella, ocurriósele buscarla para hacerla instrumento de sus planes.

CUARTA PARTE

EL JURAMENTO DE LAGARDERE